

VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA EN ADOLESCENTES Y JÓVENES: UNA REVISIÓN

M^a Pilar González Lozano¹
Universidad Complutense de Madrid
Marina J. Muñoz Rivas
Universidad Autónoma de Madrid
José Luis Graña Gómez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

En este artículo, se lleva a cabo una revisión de las características de la violencia en las relaciones de noviazgo en la adolescencia y juventud, al ser esta etapa evolutiva un periodo de especial vulnerabilidad y proclive al desarrollo de conductas violentas. De forma operativa, se presentan las tasas de prevalencia y las distintas modalidades de violencia así como su naturaleza, causas y las consecuencias fundamentales. Asimismo, se realiza un análisis de los distintos factores de riesgo en las víctimas y en los agresores, destacando la complejidad y la interdependencia de las variables implicadas; con el fin de elaborar en futuras investigaciones modelos explicativos que puedan ser utilizados en el diseño de programas de prevención. Por último, se abordan las implicaciones de este estudio para la práctica clínica y las investigaciones futuras.

PALABRAS CLAVE: *violencia en las relaciones de pareja, violencia en el noviazgo, adolescencia.*

Abstract

This paper reviews the characteristics of violence in adolescents' and youths' dating relationships, as people in this development stage have been revealed to be especially vulnerable, with a tendency to develop violent behavior. Prevalence rates and various violence modalities and their nature, causes, and main consequences are presented operatively. With the aim of elaborating future explanatory models to design prevention programs, various risk factors in the victims and the aggressors are also analyzed, underlining the complexity and interdependence of the variables involved. Lastly, the implications of this study for clinical practice and for future research are commented upon.

KEY WORDS: *dating-violence, adolescence.*

¹ *Correspondencia:* Dpto. Psicología Clínica, buzón 79, Facultad de Psicología, Universidad Complutense de Madrid, Campus de Somosaguas, (28223) Madrid.

Introducción

En los últimos tiempos, la violencia doméstica se ha configurado como uno de los problemas más importantes con que se enfrenta la sociedad de nuestros días, no sólo por la enorme magnitud del fenómeno sino también por la gravedad de las consecuencias personales y sociales derivadas del mismo hasta el grado de ser reconocido como un problema de salud pública.

El I Congreso de Organizaciones Familiares celebrado en Madrid en diciembre de 1987 definió la violencia familiar o doméstica como: “*toda acción u omisión de uno o varios miembros de la familia que dé lugar a tensiones, vejaciones u otras situaciones similares en los diferentes miembros de la misma*” (Torres y Espada, 1996).

Las estadísticas realizadas en los últimos años por los organismos públicos y privados de diferentes países demuestran que el maltrato en las relaciones de pareja es un fenómeno frecuente (Archer, 2000). En España, cabe considerar los resultados obtenidos en el estudio realizado por el Instituto de la Mujer, según la Macroencuesta sobre “*Violencia contra las mujeres*”, donde en el año 2002, un 11,1% de las mujeres españolas mayores de 17 años son consideradas técnicamente como maltratadas.

Datos facilitados por el Ministerio del Interior en el año 2003 (acumulado hasta Abril) sobre las víctimas de violencia ejercida por el cónyuge o análogo², muestran que se denuncian 5.129 delitos o faltas tanto en mujeres como en hombres entre las edades de 21 y 30 años. Estos resultados demuestran que el uso de la violencia no suele surgir de forma espontánea durante el matrimonio o en la vida de pareja si no que con frecuencia se inicia durante el noviazgo. En 1995, la Organización Mundial de la Salud (OMS) informó que el 30% de las estudiantes universitarias habían revelado algún tipo de violencia en sus relaciones de pareja y, con el tiempo, las agresiones verbales se convertían en agresiones físicas. De forma similar, el Servicio de Violencia Familiar de Bilbao (Echeburúa y Corral, 1998) muestra que en el 22% de los casos registrados, los problemas de violencia empiezan durante el noviazgo. Datos extraídos de otros países revelan que en el 72% de los casos atendidos en los últimos años, se detecta que la violencia se inicia también en esta etapa evolutiva (Calderón, 1994).

Son varios los estudios que concluyen que las parejas más jóvenes tienen un mayor riesgo de sufrir episodios violentos. Fiebert y González (1997), determinan que las mujeres entre 20 y 30 años tienen mayor probabilidad de ser agresivas con sus parejas, si se comparan con aquellas mayores de 30 años. Además, se considera que las mujeres separadas y las

² Se incluyen todos aquellos casos en los que la autoría de la agresión corresponde a: Cónyuge, Excónyuge (incluido separado/a-divorciado/a), Compañero/a sentimental, Excompañero/a sentimental, Novio/a o Exnovio/a. Nota: En el País Vasco, Girona y Lleida sólo se incluyen datos en relación con las denuncias presentadas ante los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

solteras están más expuestas a las agresiones masculinas que las mujeres casadas (Reiss y Roth, 1993). En un reciente estudio, Díaz-Aguado (2002), obtiene que el 64% y el 34% de hombres y mujeres adolescentes respectivamente, piensan que la violencia es inevitable. De forma sorprendente, el 14% de las mujeres adolescentes cree que la propia mujer víctima de la agresión tiene parte de culpa, creencia que está muy arraigada en las normas culturales y las creencias sociales que se van transmitiendo de generación en generación.

Datos epidemiológicos

Debido al aumento progresivo y gradual de este fenómeno, lo que en un principio era entendido como un problema privado, ha llegado a ser reconocido y tratado como un problema social, atrayendo la atención de numerosos profesionales.

A nivel epidemiológico-descriptivo, los porcentajes obtenidos señalan que la violencia en el noviazgo se produce con una frecuencia considerable. Makepeace (1981), fue el pionero en conducir una investigación sobre la naturaleza y la prevalencia de la violencia en el noviazgo, obteniendo que uno de cada cinco estudiantes universitarios había experimentado abusos físicos por parte de su pareja. Además, el 61% de la muestra revelaba conocer a alguien que la había sufrido. Investigaciones posteriores, estiman su frecuencia entre un 9% y un 51% (O'Keefe, Brackopp y Chew, 1986; Bergman, 1992; Mitchell, 1995; Foshee et al., 1996; Billingham, Bland y Leary, 1999; Silverman, Raj, Mucci y Hathaway, 2001). Esta diversidad de estimaciones es debida, según Sugarman y Hotaling (1989), a diversos factores tales como las distintas definiciones utilizadas, la diversidad de las muestras empleadas y la metodología y datos analizados (para ver revisión ver Jackson, 1999).

Respecto a las agresiones físicas, Hird (2000), obtuvo que el 14% de las mujeres y el 15% de los hombres estudiantes de secundaria revelaron ser víctimas de agresiones en sus relaciones de noviazgo. Además, tanto en varones como en mujeres, la violencia física se consideraba una práctica “normal” dentro de la pareja. Asimismo, en otra muestra de estudiantes de secundaria, el 35,3% y el 43,5% de hombres y mujeres respectivamente, habían agredido a sus parejas en los doce meses previos al estudio (Swart, Garth y Ricardo, 2002). Recientemente, en una muestra de 206 estudiantes de instituto, O'Leary y Slep (2003), obtienen que el 17% de los hombres y el 31% de las mujeres manifiestan agresiones físicas, mientras que el 24% y el 22% de hombres y mujeres, respectivamente, han llegado a sufrir este tipo de agresiones a manos de sus parejas. En el estudio de Katz, Carino y Hilton (2002), el 23% de los estudiantes universitarios habían agredido físicamente a sus novias/os, aunque solo el 8% utilizó una agresión severa. En España, González y Santana (2001), en una muestra de 1146 estudiantes, encontraron que el 7,5% de los chicos y el 7,1% de las chicas habían empujado o pegado a su pareja al menos una vez.

Un estudio pionero que investiga directamente la violencia entre los adolescentes de alto riesgo (consumidores de drogas, delincuentes) evidencia que el 68% y el 33% de mujeres y varones respectivamente, resultaron ser violentos con su reciente o habitual pareja (Chase, Treboux, O'Leary y Strassberg; 1998). Estas proporciones son relativamente altas si las comparamos con una muestra normativa de adolescentes.

Las agresiones físicas más frecuentes entre los hombres y las mujeres adolescentes son formas de violencia “leve” (ej., arrojar objetos, golpear o dar patadas a algo, dar empujones) (Bookwala et al., 1992; Katz, Street y Alias, 1997; Katz et al., 2002). Así, en estudios como el de Dye y Eckhardt (2000), entre los actos agresivos más comunes se encontraron el agarrar y empujar (53,7%), los intentos de control físico (44,8%) y el arrojar algún objeto a la pareja (34,3%). Las formas de violencia severa (ej., usar armas, ahogar) son muy infrecuentes, no superando el 2% de los casos (Maggol et al., 1998).

En el estudio de Foshee et al. (1996), el 14,5% de las mujeres y el 6,9% de los varones adolescentes mostraron ser víctimas de abusos sexuales por sus respectivas parejas. Hird (2000), encontró que el 17,9% de las mujeres estudiantes confesaron ser forzadas a mantener interacciones sexuales con o sin penetración por sus novios. Además, los resultados de su estudio cualitativo mostraron que muchas de las agresiones físicas admitidas por las chicas eran una medida auto-defensiva contra las agresiones físicas y/o sexuales perpetradas por parte de sus respectivas parejas masculinas. En estudios más recientes, Katz et al. (2002), revelan que el 33% de estudiantes universitarios/as utilizaron la coerción sexual con sus parejas siendo la conducta: “*Yo insisto en tener sexo cuando mi pareja no quiere (pero no uso la fuerza física)*”, la más usada (el 25% de los participantes).

Murphy y Hoover (2001) identifican cuatro tipos de agresiones psicológicas en parejas de estudiantes: actitudes de hostilidad (negarse a discutir un problema), dominar o intimidar a la pareja (amenazar con hacer daño a los amigos/as de la pareja), degradar (insultar) y un control restrictivo (preguntar insistentemente a la pareja donde ha ido). En los patrones de convivencia, la violencia psicológica es considerada por los adolescentes y jóvenes prácticas “normalizadas”. De modo que las agresiones verbales, las acciones celosas y las tácticas de control ocurren con más frecuencia y pueden considerarse más normativas que las agresiones físicas (Jezl, Molitor y Wright, 1996). A raíz de estos resultados, cabe considerar que la violencia psíquica puede causar tanto o más daño a la salud física y mental de la víctima que los malos tratos físicos recibidos (Echeburua y Corral, 1998).

En ocasiones, los miembros de la pareja pierden el control de la situación y se ven inevitablemente avocados a una espiral conflictiva. Se estima que todas las formas de violencia están interrelacionadas. Los pocos datos de tipo longitudinal al respecto, indican que la agresión psicológica predice los primeros episodios de violencia física en parejas recién casadas (Murphy y O'Leary, 1989), de forma que el maltrato físico estaría íntimamente relacionado con el maltrato emocional para controlar y dominar a la pareja (Dutton y Golant, 1995). De forma similar, White, Merrill y Koss (2001) obtuvieron que las agresiones psicológicas, en parejas de estudiantes, precedían las agresiones físicas posteriores. En el estudio de Swart et al. (2002), al determinar la prevalencia de violencia

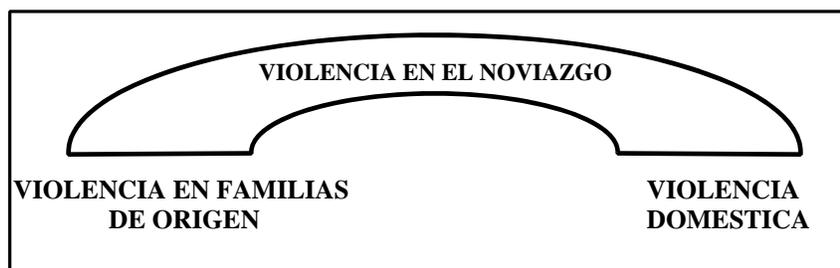
física y sexual en los estudiantes de secundaria, indicaron una tendencia confirmatoria de que los adolescentes involucrados en violencia física también estaban caracterizados por otras formas de violencia (tácticas coercitivas sexuales). Recientemente, O'Leary y Slep (2003) examinan un modelo longitudinal y bidireccional, tanto para los hombres como para las mujeres, que relaciona las agresiones psicológicas (agresión verbal, comportamientos celosos y comportamientos controladores) con las agresiones físicas, estableciendo un patrón estable en el tiempo (a los tres meses de seguimiento).

Ciclo del desarrollo de la violencia y factores de riesgo en las víctimas y los agresores

La violencia aparece en las relaciones de forma gradual en función del compromiso de los miembros de la pareja (Arias, Samios y O'Leary, 1987). Los jóvenes que aceptan los primeros signos entran en una dinámica que les hace perder el rumbo de la situación que viven mientras aumentan progresivamente los episodios agresivos (González y Santana, 2001). O'Leary et al. (1989), constata que el 51% de parejas que usan la violencia en el noviazgo incrementan el riesgo de este comportamiento en los primeros dieciocho meses de casados. De esta forma, se explica que las relaciones se mantengan estableciéndose una relación de desigualdad entre los miembros de la pareja. Esta misma dinámica se establece en la violencia doméstica donde el maltrato suele ser lento y de forma no repentina, difuminando la posibilidad de reconocimiento (Álvarez, 1998). En este sentido, la mayoría de los adolescentes en el estudio de Bergman (1992) víctimas de violencia física, seguían manteniendo (79,2% y 69,6% de mujeres y hombres, respectivamente) la relación con sus parejas.

En este mismo contexto, se compara la violencia doméstica y la violencia en el noviazgo por el hecho de presentar características comunes (ej., prolongación y reincidencia a lo largo del tiempo), y algunos autores opinan que la violencia doméstica es semejante a la violencia en las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes, considerándola puente de unión entre la observación de la violencia en las familias de origen y la violencia doméstica (Makepeace, 1981; Bernard y Bernard, 1983; Guite, 2001) (ver Figura 1).

Figura 1. Interrelación de la violencia en el noviazgo.



La violencia en el noviazgo no se produce a una edad específica sino que se sitúa entre la población formada por adolescentes y jóvenes adultos (Lewis y Fremouw, 2001). Algunos adultos datan el primer episodio de violencia a los 15 años (Henton, Cate, Koval, Lloyd y Christopher, 1983). O'Leary (1997) determina que el 40% de las relaciones de pareja de adolescentes comprendidos entre los 16 y los 17 años, se caracterizan por presentar agresiones físicas (empujones, bofetadas, etc.).

Esto es debido a que probablemente, los episodios violentos son minimizados o no se poseen las competencias eficaces para poder afrontarlos (Trujano y Mata, 2002). Además, una visión excesivamente romántica del amor puede convertirse en un grave problema, creencias como que el *“amor lo puede todo”*, *“con amor, tiempo y paciencia se puede cambiar a una persona”*, *“con el tiempo todo mejorará* pueden mantener en el tiempo este tipo de relaciones (González y Santana, 2001). En este mismo sentido, Henton et al. (1983), refieren que el 30% de adolescentes que experimentaron violencia en el noviazgo, la interpretaron como signo de amor entre la pareja y el 36% mantenían la idea de mejorar su relación. La violencia se desarrolla en un contexto sociocultural donde se minimiza y se favorece su aceptación dando prioridad a la formación de relaciones socialmente correctas (Trujano y Mata, 2002). Según palabras de Lorente (2002), el origen de la violencia de género se situaría en la propia estructura de la sociedad: *“en esa concepción androcéntrica que la cultura patriarcal ha establecido para las relaciones sociales, en esa desigualdad que sitúa al hombre como referencia y a la mujer como una parte de él.”*

No existe todavía un cuerpo de estudios que aporten suficiente evidencia empírica respecto al género de los agresores y víctimas. Mientras que en algunas investigaciones se evidencia que los varones son más violentos que las mujeres (Makepeace, 1981; Tontodonato y Crew, 1992), otras, en cambio, afirman que las agresoras son ellas (Arias et al., 1987; Clark, Beckett, Wells y Dungee-Anderson, 1994; Jenkins y Aube, 2002). En otras investigaciones, no se encuentran diferencias significativas entre varones y mujeres (Riggs y Caulfield, 1997; Hird, 2000; González y Santana, 2001).

Una de las investigaciones que plantea la posibilidad de determinar los distintos tipos de violencia (física, sexual y psicológica) es el estudio de Harned (2001). El resultado más sobresaliente de este estudio que ha sido confirmado por otras investigaciones (Foshee et al., 1996), es que tanto los varones como las mujeres (estudiantes universitarios/as) presentan una cantidad comparable de agresiones en el noviazgo pero se diferencian en los tipos de experiencias. Específicamente, los varones sufren más abusos psicológicos y las mujeres experimentan más asaltos sexuales. Con respecto la violencia física, no habría ninguna diferencia entre ambos géneros.

Son varios los estudios que determinan un patrón bidireccional de violencia o violencia cruzada *“en la que ambos miembros de la pareja emplearían conductas agresivas, como modalidad vincular”* como define Corsi et al. (1995). Cuando la violencia es mutua, existe una alta probabilidad de que un individuo actúe al mismo tiempo como agresor y víctima (Lewis y Fremouw, 2001; O'Leary y Slep, 2003). En el estudio de Swart et al. (2002), el 49,8% de los varones y el 52,4% de las mujeres estudiantes de secundaria, podrían

intercambiarse los papeles de agresores y víctimas en un contexto de violencia física. En el estudio de Malik, Soreson y Aneshensel (1997), un 70,1% de los adolescentes procedentes de institutos que mostraban ser violentos en sus relaciones de pareja también resultaron ser víctimas. De forma similar, el 72,2% de adolescentes que eran víctimas, también confesaron ser agresores. Sin embargo, para poder clasificar la violencia como cruzada o bidireccional, es necesario que “*exista simetría en los ataques y paridad de fuerzas físicas y psicológicas en ambos miembros de la pareja*” (Corsi et al., 1995). De esta forma, los estudios concuerdan en que tanto las consecuencias como el contexto en el que se producen las agresiones tienen un matiz diferente en cuanto al género de las personas implicadas (Hird, 2000; Harned, 2001).

Respecto a las **consecuencias** de la agresión, los estudios realizados tanto en mujeres adolescentes (Foshee, 1996) como en adultas (Browne, 1987), confirman que las lesiones son más habituales en comparación a los hombres. Las agresiones a las mujeres tienen un carácter más perjudicial y llevan consigo consecuencias psicológicas más graves (Cantos, Neidig y O’Leary, 1992), como manifestaciones de miedo y ansiedad (Follingstad, Wright y Lloyd, 1991; Jacobson, 1999) y peor rendimiento académico (Bergman, 1992).

En cuanto al **contexto** o los **motivos** de usar la violencia física, algunos datos demuestran que las mujeres manifiestan utilizar este tipo de violencia como una respuesta auto-defensiva tanto en estudiantes de institutos (Foshee et al., 1996) como en estudiantes universitarios (Makepeace, 1986). Este último autor, constata que el 69,9% de las mujeres usan la violencia física como una medida auto-defensiva, mientras que los hombres describen su comportamiento como intimidatorio. En el maltrato de parejas casadas, el motivo del control es el más relevante en la literatura psicológica, donde la violencia se convierte en una de las tácticas más comunes para conseguir las pretensiones del cónyuge. Cuando Felson y Messner (2000) analizan 100.000 casos de la National Civil Victimization Survey, encuentran que el motivo más probable de las agresiones de los varones es el intento de controlar el comportamiento de la víctima (desde el punto de vista estadístico). Según los autores, el deseo de los varones de dominar a las mujeres proviene de la socialización de una cultura tradicional patriarcal.

No obstante, en el estudio de Harned (2001), tanto los varones como las mujeres universitarios/as tenían la misma probabilidad de utilizar la violencia física como una medida auto-defensiva, incluso las mujeres universitarias manifestaron utilizar la violencia física en respuesta a un comportamiento celoso o a mostrar ira con más frecuencia que los varones universitarios. También los sentimientos de ira y de frustración son las razones que esgrimían las adolescentes mientras que en los varones adolescentes, la broma o el juego eran las razones más comunes (Scott, Wekerle y Wolfe, (1997); tomado de Wekerle y Wolfe, 1999).

Como se ha establecido anteriormente, la dinámica en las relaciones de noviazgo requiere la atención del contexto en donde se producen, ya que, por ejemplo, actos abusivos en parejas adultas como empujar, dar un puñetazo o insultar, son vistas entre las parejas de adolescentes como formas de mantener la atención y el interés por el otro (Shapiro, Baumeister y Kessler, 1991). Los adolescentes perciben que determinados comportamientos

violentos (ej., empujar, provocar, amenazar) constituyen un estilo interactivo normalizado y aceptable que mantiene la relación y resuelve los distintos conflictos surgidos (Wekerle y Wolfe, 1999). Esto sugiere que la violencia es a menudo minimizada, o no se considera por las partes implicadas, suficiente razón para terminar la relación (Makepeace, 1989).

Diversos estudios han investigado los factores de riesgo en las víctimas y los agresores de la violencia en el noviazgo³ (Coker et al., 2000; Swart et al., 2002). Estos estudios sirven para predecir bajo qué circunstancias es más probable que ocurra y ayudar a diseñar estrategias de prevención. Las causas por las que se instala la violencia en una relación sentimental son variadas y muy complejas, por lo que en la siguiente tabla (ver Tabla 1) se ofrece una visión holística de los múltiples factores de riesgo de acuerdo a los estudios publicados en revistas internacionales y nacionales. Lo mismo sucede en el desarrollo de la violencia conyugal, donde Echeburúa y Corral (1998), determinan que la conducta violenta en el hogar es el resultado de la intervención de un conjunto de variables como la ira, las actitudes de hostilidad, déficit de habilidades de comunicación y de solución de problemas, factores precipitantes (estrés, consumo de alcohol, celos) y la percepción de vulnerabilidad de la víctima.

Consecuencias y recursos de ayuda

Son pocas las parcelas de la vida que no se ven alteradas debido a la situación de maltrato creada. La violencia en el noviazgo elicit o mantiene **consecuencias** negativas en la calidad de vida y el bienestar de los seres humanos como, por ejemplo, un peor rendimiento académico (Bergman, 1992), el abandono de los estudios (Harned, 2001), la baja autoestima y peor bienestar físico y emocional (Coker et al., 2000; Ackard y Neumark-Sztainer, 2002). Otras patologías que están asociadas son el abuso de sustancias (Foo y Margolin, 1995; Coker et al., 2000; Silverman et al., 2001), suicidios (Kreiter et al., 1999; Coker et al., 2000; Silverman et al., 2001; Ackard y Neumark-Sztainer, 2002), la transmisión de enfermedades sexuales (Kreiter et al., 1999; Nicoletti, 2000; Wingood, DiClemente, Hubbard, Harrington y Davies, 2001) y trastornos del comportamiento alimentario (Silverman et al., 2001; Thompson, Wonderlich, Crosby y Mitchell, 2001; Ackard y Neumark-Sztainer, 2002).

A raíz de las investigaciones empíricas y de los modelos teóricos, se ha llegado a la conclusión de que a menudo las víctimas de violencia doméstica perdonan y renuncian dejar a sus parejas agresoras. Este carácter cíclico es explicado por Walker (1979), utilizando la teoría de la desesperanza e indefensión aprendida planteada por Seligman en la década de

³ En la propuesta de Berkowitz (1996) los factores de riesgo son una condición que aumenta la probabilidad de las acciones agresivas pero no necesariamente las produce.

los setenta. Debido a que en el proceso de victimización, la mujer siente que no puede hacer nada para escapar del agresor, su situación no tiene ninguna salida y, por tanto, no intenta cambiar (para una revisión de los distintos factores que influyen en tal decisión, ver Strube, 1988).

Tabla 1. Factores de riesgo en las víctimas y en los agresores.

	VÍCTIMAS	AGRESORES
VARIABLES DEMOGRÁFICAS	<ul style="list-style-type: none"> - Género - Status Socioeconómico - Edad - Raza - Área de residencia 	<ul style="list-style-type: none"> - Género - Status Socioeconómico - Edad - Raza - Área de residencia
VARIABLES HISTÓRICAS	<ul style="list-style-type: none"> - Abuso en la niñez - Violencia intrafamiliar - Separación del matrimonio 	<ul style="list-style-type: none"> - Abuso en la niñez - Prácticas disciplinarias irregulares o excesivamente duras - Conductas agresivas en la familia - Agresiones recibidas por los hermanos - Separación del matrimonio
VARIABLES CLÍNICAS	<ul style="list-style-type: none"> - Baja autoestima - Distress emocional - Distanciamiento emocional - Síntomas de ansiedad 	<ul style="list-style-type: none"> - Baja autoestima - Uso de alcohol y drogas - Control externo de ira - Aceptación de la violencia como actitud - Actitudes y creencias tradicionales en los roles de género - Síntomas depresivos - Ausencia de empatía - Distorsiones cognitivas - Estrés - Control interpersonal
VARIABLES INTERPERSONALES	<ul style="list-style-type: none"> - Deterioro en las habilidades de comunicación - Déficit en la satisfacción de la relación - Ausencia en las habilidades de resolución de problemas 	<ul style="list-style-type: none"> - Deterioro en las habilidades de comunicación - Deficientes habilidades de resolución de problemas
VARIABLES SOCIALES	<ul style="list-style-type: none"> - Ausencia de apoyo social 	<ul style="list-style-type: none"> - Ausencia de apoyo social - Influencia de los iguales

En las relaciones de noviazgo, algunas investigaciones predicen los factores que determinarían una continuidad en la relación. Entre ellos cabe considerar la falta de lesiones y la existencia de un compromiso mutuo entre los miembros de la pareja. Respecto a las lesiones, en el estudio de Carlson (1996), se constata que la ausencia de éstas, incrementaba la probabilidad de predecir que la relación permanecería igual. Sin embargo, catalogar una relación como violenta y requerir tratamiento médico predeciría un deterioro en la relación y su posterior finalización. Asimismo, este autor también determina lo que sucedería tras la aparición de episodios violentos tanto en las relaciones estables como en relaciones nuevas. Los universitarios, en las relaciones nuevas, predecían que la relación se deterioraría pero permanecerían juntos, mientras que romper la relación sería la respuesta más frecuente en las relaciones estables. Entre el 4% y el 5% de las respuestas (relaciones cortas y relaciones largas, respectivamente) predecían en un futuro que las relaciones mejorarían como resultado del episodio violento. Estableciendo un modelo constituido por tres tipos de variables para determinar los factores que mejor explicarían lo que deberían de hacer las víctimas y los agresores tras un acto violento. Estos tres tipos de variables son: las características demográficas (especialmente el género y la orientación sexual), los factores contextuales del incidente y de la relación de pareja (naturaleza del episodio violento, una larga historia de violencia en la relación) y el catalogar un episodio como violento.

Uno de los estudios que evalúan los factores intra-individuales respecto a la reacción en respuesta a las relaciones violentas, es el equipo investigador formado por Katz et al. (1997). Argumentan que si una mujer presenta una valoración negativa de si misma en el contexto de una relación violenta tiene menos probabilidad de disolver la relación, ya que el comportamiento de su pareja puede ser minimizado y justificado. Las víctimas desarrollarían una actitud similar a la que ha sido descrita en los campos de concentración y secuestros, denominada "*síndrome de Estocolmo*". Las variables individuales como la autoestima y la atribución de causalidad constituirían fuertes predictores de la tolerancia a la violencia (por ejemplo, en la intención de perdonar y en mantener una relación violenta). Sin embargo, solo la atribución de causalidad correlaciona con la intención de terminar la relación, de tal forma que cuando una mujer cree que la causa de la violencia de su compañero es ella, es más probable que le perdone y mantenga esta relación en el tiempo. No obstante, este estudio hay que tomarlo con cautela, ya que son hipotéticos episodios de violencia los que se evalúan (limitada validez externa), por lo que los patrones apuntados pueden tomarse más bien como hipótesis que como tendencias confirmatorias.

Para romper con este tipo de relaciones, es necesario tener una percepción clara de esta situación y saber cuáles son las consecuencias derivadas de mantener este compromiso. Sin embargo, muchas parejas jóvenes carecen de este tipo de información. En el caso de las jóvenes educadas en un ambiente no violento pueden tardar en tener una percepción clara de la situación y, por tanto, perpetuar este compromiso en el tiempo. Las jóvenes pertenecientes a familias violentas identifican antes su situación, llegando a considerarla como "*normal*". Incluso cabe la posibilidad de que ellas mismas se culpen de los malos tratos recibidos (Cantos et al., 1995). Como ocurre en la violencia doméstica, según Holtz-Munroe

y Hutchinson (1993), los maridos violentos tienen una mayor probabilidad de atribuir negativamente las acciones de sus mujeres, culpándolas y percibiendo su comportamiento de forma egoísta. Los hombres maltratadores presentan creencias sexistas e ideas distorsionadas que legitiman la violencia como forma de resolver los conflictos (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997). También, los adolescentes procedentes de contextos en los que la violencia se percibía como una respuesta justa y legítima tenían mayor probabilidad de responder violentamente en las relaciones de noviazgo en particular y, de forma general, en la sociedad (Malik et al., 1997).

Los adolescentes pueden requerir ayuda de instituciones, cuando perciben que los recursos existentes son efectivos y respetan la confidencialidad de las personas, aunque la mayoría de los estudios concuerdan en que los adolescentes no suelen revelar este tipo de experiencias (Craver, 2000), ya que temen ser culpados y que su información no sea confidencial. Por ejemplo, solo el 22% de los estudiantes que habían sufrido alguna experiencia violenta revelaron a alguien su situación y, mayoritariamente, elegían al grupo de amigos (Bergman, 1992) a la familia (Silber, 2002). Los adolescentes envueltos en estas relaciones no utilizaban los recursos de ayuda formales en la red social (profesionales), de forma que el uso de las respuestas agresivas, romper con la pareja, utilizar recursos informales (ejemplo hablar con los amigos o con la pareja) o no hacer nada eran las respuestas más frecuentes (Watson, Cascardi, Avery-Leaf y O'Leary 2001).

Programas Preventivos

Desde cualquier posición, se ha defendido la necesidad de actuar desde el punto de vista preventivo sobre la población infantil o adolescente. De esta manera, se pretende retrasar o, si es posible, evitar el inicio de la violencia cuando ésta todavía no se ha establecido, haciendo hincapié en que la relación de pareja se considera una fuente primordial de recursos positivos para la prevención de múltiples problemas psicológicos y de salud (Cáceres y Escudero, 1998). Sin embargo, por lo general, los trabajos solo se encaminan al tratamiento con víctimas detectadas en hospitales o centros de asistencia (Saltijeral, Ramos y Caballero, 1998). Los programas de prevención que se han desarrollado a tal fin son escasos, y rara vez han tenido en cuenta aspectos metodológicos rigurosos (para ver una revisión Wekerle y Wolfe, 1999).

Respecto a las directrices que deben tomar las líneas de investigación preventivas, se han realizado fuera de nuestras fronteras distintas reflexiones (Coker et al., 2000; Trujano y Mata, 2002) y programas de prevención (Rosen y Bezold, 1996; Pittman, Wolfe y Wekerle, 2000) encaminados a frenar y evitar estas relaciones turbulentas.

Por ejemplo, el objetivo del programa preventivo de O'Leary et al. (1997), es el de reducir el uso de las agresiones físicas y otros comportamientos coercitivos mediante el incremento de los conocimientos acerca de la violencia de género, el cambio de actitudes que justifican su utilización y el incremento de apoyo y ayuda a los estudiantes. Como

consecuencia, se obtiene a los tres meses de su implantación un aumento en el conocimiento de relaciones violentas, una menor tolerancia al uso de la agresión y menos comportamientos celosos y dominantes. También, Foshee et al. (1996) diseñan dos niveles de prevención, la primaria y la secundaria, focalizando sus esfuerzos en cambiar las actitudes que preceden a los comportamientos agresivos. Además, evalúan la efectividad del programa mensualmente (Foshee, Bauman, Arriaga y Helms, 1998) y anualmente (Foshee, Bauman, Greene y Koch, 2000), obteniendo datos esperanzadores. Del mismo modo, Washington y Katz (2002), evalúan el cambio inmediatamente después de la intervención preventiva, obteniendo que los estudiantes asumieron actitudes más objetivas y realistas, favoreciendo relaciones más igualitarias.

A pesar de ello, la mayoría de los programas con jóvenes son muy recientes y, por lo tanto, no hay datos suficientes para evaluar su eficacia a medio o largo plazo (Hamby, 1998). Según este autor, los programas desarrollados hasta este momento presentan algunas características comunes. Por un lado, analizan los mitos sobre la violencia de pareja, ofreciendo información sobre la espiral y los efectos del maltrato. También se hacen eco de las barreras socio-históricas, impidiendo relaciones de desigualdad y justificando el uso de la violencia. Por último, muchos programas fomentan la participación activa de los jóvenes, para que hagan suyos el objetivo de erradicar la violencia de pareja.

Críticas a los estudios realizados

En el desarrollo teórico y empírico, para llegar a comprender la violencia en las relaciones de noviazgo se encuentran especiales dificultades unas de naturaleza conceptual y otras de tipo metodológico.

La visión de los adolescentes y los jóvenes sobre el matrimonio o la convivencia en pareja suele estar mitificada a través de ciertos mecanismos socioculturales que están fuertemente arraigados. En lo que respecta a las definiciones utilizadas, cabe señalar una falta de consenso a la hora de dar una definición operativa de la violencia en el noviazgo, incluso algunos investigadores no determinan una clara definición de violencia en sus estudios (Bookwala et al., 1992; Watson et al., 2001). Las múltiples definiciones aportadas al concepto de “*relaciones de noviazgo*” plantean un problema a la hora de establecer un criterio de comparación entre los distintos estudios.

En la mayoría de los casos, la violencia en las relaciones interpersonales (maltrato infantil, violencia sufrida por jóvenes, abuso sexual) resulta difícil de identificar, ya que se desarrolla en un espacio privado, salvo en los casos graves (lesiones y muertes). Por lo tanto, aunque existen estudios que se aproximan a dar un resultado cuantificativo respecto la gravedad e importancia de dicho fenómeno, resulta casi imposible conocer la magnitud real del problema de la violencia (Costa y Morales, 1998). Estudios cualitativos pueden ofrecer una alternativa metodológica, especialmente en el enfoque de los programas preventivos dirigidos a parejas jóvenes y adolescentes. Sin embargo, a la luz de la investigación y de los

desarrollos teóricos de gran utilidad que se han establecido a lo largo de los años, el objeto de estudio constituye un reto no solo por la edad temprana de las muestras empleadas sino también por la naturaleza personal y confidencial de las relaciones y el no ser conscientes de los posibles daños ocasionados.

Dada la naturaleza compleja del fenómeno objeto de estudio, muchas de las investigaciones surgidas dan una información parcial de la situación. En algunos estudios evalúan las relaciones violentas con un solo ítem (Thompson et al., 2001; Simons et al., 1998), olvidándose de considerar el contexto y las consecuencias de los episodios de violencia.

Una de las preocupaciones fundamentales de los investigadores es el asegurarse de que las tasas y porcentajes reflejan la realidad del problema a tratar en una muestra representativa a la que pertenece. En la mayoría de los estudios analizados, la muestra seleccionada es de raza blanca y heterosexual, procedente de Estados Unidos (ejemplo Bergman, 1992), Reino Unido (Hird, 2000), Nueva Zelanda (Jackson et al., 2000) y África (Swart et al., 2002). Las muestras proceden de colegios y de universidades, de cursos de educación para la salud (Watson et al., 2001), de sexualidad (Hockenberry y Billingham, 1993), alumnos de psicología que consiguen créditos por su participación (Bookwala et al., 1992; Coffey et al., 1996; Williamson y Silverman, 2001) e incluso algunos estudios utilizan las llamadas telefónicas (Stets y Henderson, 1991) la correspondencia o las bibliotecas para la recogida de información.

Discusión

La violencia doméstica constituye, desgraciadamente, un tema de relevancia social, afectando a nuestro bienestar social y personal. En los últimos tiempos ha habido un avance en lo referido a medidas sanitarias, programas psicológicos y reformas legislativas, aunque todavía queda mucho por hacer. Las contribuciones científico-técnicas que pueden ser interesantes de cara a seguir investigando en este tema, podrían dar respuesta a esta necesidad social de solucionar uno de los problemas más importantes: la violencia en las relaciones de pareja por parte de la población más joven, para detectar y atajar el problema cuando todavía no se ha consolidado.

La Organización Mundial de la Salud (49 Asamblea Mundial de la Salud) insta a los Estados Miembros a evaluar y tomar medidas preventivas, declarando a la violencia como prioridad de salud pública. Estos programas deben utilizar los conocimientos surgidos de las investigaciones empíricas para desarrollar eficaces medidas preventivas.

La violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes es un problema complejo y multidimensional, en donde las tareas preventivas exigen acciones simultáneas desde distintos ámbitos de actuación (legislativo, judicial, sanidad). Esta simultaneidad de medidas es fundamental en el ámbito de la prevención, dado que el periodo de las primeras

relaciones se convierte en un momento privilegiado para su actuación. Sin embargo, esta labor necesita del conocimiento preciso del problema a tratar, requiriendo, por tanto, investigaciones relativas a este tema. A partir del conocimiento previo de los factores de riesgo y de protección, se pueden desarrollar programas preventivos eficaces que permitan la cooperación y la construcción de relaciones igualitarias entre hombres y mujeres.

Referencias

- Álvarez, A. (1998). *Guía para mujeres maltratadas*. Madrid: Consejo de la Mujer.
- Archer, J. (2000). Sex differences in agresión between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 126, 651-680.
- Arias, I., Samios, L. y O'Leary, K. (1987). Prevalence and correlates of physical aggression during courtship. *Journal of Interpersonal Violence*, 2, 82-90.
- Avery-Leaf, S., Cascardi, M., O'Leary, K.D., Cano, A. (1997). Efficacy of a dating violence prevention program on attitudes justifying aggression. *Journal of Adolescent Health*, 21(1), 11-17.
- Bergman, L. (1992). Dating violence among high school students. *Social Work*, 37(1), 21-27.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Declée de Brouwer.
- Bernard, M. y Bernard, J. (1983). Violent intimacy: The family as a model for love relationships. *Family Relations*, 32, 283-286.
- Bilingham, R.E., Bland, R. y Leary, A. (1999). Dating violence at three time periods: 1976, 1992, and 1996. *Psychological Reports*, 85, 574-578.
- Bookwala, J., Frieze, I.H., Smith, C. y Ryan, K. (1992). Predictors of dating violence: a multivariate analysis. *Violence and Victims*, 7(4), 297-311.
- Calderón, J. (1994). 25 casos diarios. Aumentó 10 por ciento en un año la violencia familiar, informa el CAVI. *La Jornada. México*, 12-13.
- Cantos, A., Neidig, P. y O'Leary, K. (1993). Men and women's attributions of blame for domestic violence. *Journal of Family Violence*, 8, 289-302.
- Carlson, B.E. (1996). Dating violence: Student beliefs about consequences. *Journal of Interpersonal Violence*, 11(1):3-18.
- Chase, K.A., Treboux, D., O'Leary, K.D. y Strassberg, Z. (1998). Specificity of dating aggression and its justification among high-risk adolescents. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 26(6), 467-473.
- Clark, M., Beckett, J., Wells, M. y Dungee-Anderson, D. (1994). Courtship violence among African-American college students. *Journal of Black Psychology*, 20, 264-281.
- Corsi, J., Dohmen, M., Sotés, M. y Bonino, L. (1995). *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.
- Craver, R.S. (2000). Dating violence and its relation to identity, self-esteem, and silencing the self among college women. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 60(7-A), 2707.
- Díaz-Aguado, M.J. (2002). *Prevenir la violencia contra las mujeres construyendo la igualdad (Programa para Educación Secundaria)*. Madrid.

- Dutton, D.G. y Golant, S.K. (1995). *El Golpeador. Un perfil psicológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Dye, M.L. y Eckhardt, C.I. (2000). Anger, irrational beliefs and dysfunctional attitudes in violent dating relationships. *Violence and Victims, 15*(3), 337-350.
- Echeburúa, E. y De Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*: Madrid. Siglo XXI de España Editores.
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un estudio descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta, 23*, 151-180.
- Fiebert, M.S. y González, D.M. (1997). College women who initiate assaults on their male partners and the reasons offered for such behavior. *Psychological Reports, 80*, 583-590.
- Follingstad, D., Wright, S. y Lloyd, S. (1991). Sex differences in motivations and effects in dating violence. *Family Relations, 40*, 51-57.
- Foo, L. y Margolin, G. (1995). A multivariate investigation of dating aggression. *Journal of Family Violence, 10*, 351-377.
- Foshee, V., Linder, G.F., Bauman, K.E., Langwick, S., Arriaga, X.B., Heath, J., McMahon, P. y Bangdiwala, S. (1996). The safe dates project: Theoretical basis, evaluation design, and selected baseline findings. *American Journal of Preventive Medicine, 12*(5, Suppl), 39-47.
- Foshee, V., Bauman, K.E., Arriaga, X.B., Helms, R.W., Kach, G. y Linder, G.E. (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent violence prevention program. *American Journal of Public Health, 88*(1), 45-50.
- Foshee, V., Bauman, K.E., Greene, W., Koch, G.G., Linder, G. y MacDougall, J. (2000). The Safe Dates program: 1 year follow up results. *American Journal of Public Health, 90*(10), 1619-22.
- González, R. y Santana, J.D. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema, 13*(1), 127-131.
- Guite, J.A. (2001). Adolescent battering relationships: A qualitative study of the female's experience. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering, 62*(3-B), 1577.
- Hamby, S. (1998). Partner violence: prevention and intervention. En J. Jasinsky y L. Williams (eds.), *Partner violence: A comprehensive review of 20 years of research*. Thousand Oaks: Sage.
- Harned, M.S. (2001). Abused women or abused men? An examination of the context and outcomes of dating violence. *Violence and Victims, 16*(3), 269-85.
- Hird, M.J. (2000). An empirical study of adolescent dating aggression in the U.K. *Journal of Adolescence, 23*, 69-78.
- Henton, I., Cate, R., Koval, J., Lloyd, S. y Christopher, S. (1983). Romance and violence in dating relationships. *Journal of Family Issues, 4*, 467-482.
- Holtzworth-Munroe, A. y Hutchinson, G. (1993). Attributing negative intent to wife behavior: The attributions of maritally violent versus nonviolent men. *Journal of Abnormal Psychology, 102*(2), 206-211.
- Jackon, S.M. (1999). Issues in the dating violence research. A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior, 4*(2), 233-247.
- Jenkins, S.S. y Aube, J. (2002). Gender differences and gender-related constructs in dating aggression. *Personality and Social Psychology Bulletin, 28*(8), 1106-1118.
- Jezi, D.R., Molitor, C.E. y Wright, T.L. (1996). Physical, sexual and psychological abuse in high school dating relationships: Prevalence rates and self-esteem issues. *Child and Adolescent Social Work Journal, 13*, 69-87.

- Katz, J., Carino, A. y Hilton, A. (2002). Perceived verbal conflict behaviors associated with physical aggression and sexual coercion in dating relationships: a gender-sensitive analysis. *Violence and Victims, 17*(1), 93-109.
- Katz, J., Street, A. y Alias, I. (1997). Individual differences in self-appraisals and responses to dating violence scenarios. *Violence and Victims, 12*, 265-276.
- Lewis, S.F., y Fremouw, W. (2001). Dating violence. A critical review of the literature. *Clinical Psychology Review, 21*(1), 105-127.
- Magnol, L., Moffitt, T., Caspi, A., Newman, D., Fagan, J. y Silva, P. (1998). Gender differences in partner violence in a birth cohort of 21-year-olds: Bridging the gap between clinical and epidemiological approaches. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 65*, 68-78.
- Makepeace, J.M. (1981). Courtship violence among college students. *Family Relations, 30*, 97-102.
- Makepeace, J.M. (1986). Gender differences in courtship violence victimization. *Family Relations, 35*, 383-388.
- Malik, S., Sorenson, S.B. y Aneshensel, C.S. (1997). Community and dating violence among adolescents: perpetration and victimization. *Journal of Adolescent Health, 21*(5), 291-302.
- Mitchell, M.G. (1995). Jealousy and violence in high school dating relationships. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences, 55*(12-A), 4006.
- Molidor, C. y Tolman, R. (1998). Gender and contextual factors in adolescent dating violence. *Violence Against Women, 4*, 180-194.
- Murphy, C.M. y Hoover, S. A. (2001). Measuring emotional abuse in dating relationships as a multifactorial construct. En O'Leary, K.D. y Maiuro, R.D. (Eds.), *Psychological abuse in violent relationships* (pp. 29-46). New York: Springer.
- Murphy, C.M. y O'Leary, K.D. (1989). Psychological aggression predicts physical aggression in early marriage. *Journal of Consulting & Clinical Psychology, 57*, 579-582.
- Nicoletti, A. (2000). Perspectives on pediatric and adolescent gynecology from the allied health care professional. *J. Pediatr. Adolesc. Gynecol, 13*, 79-80.
- O'Leary, K.D., Barling, J., Arias, I., Rosenbaum, A., Malone, J. y Tyree, A. (1989). Prevalence and stability of physical aggression between spouses: a longitudinal analysis. *J. Consult Clin Psychol, 57*, 263-268.
- O'Keeffe, N.K., Brackopp, K. y Chew, E. (1986). Teen dating violence. *Social Work, 31*, 463-468.
- O'Leary, K.D. y Slep, A.M. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 32*(3), 314-327.
- Organización Mundial de la Salud. O.M.S. (1995). *Violencia contra la mujer*. Beijing: Naciones Unidas.
- Pittman, A.L., Wolfe, D.A. y Wekerle, C. (2000). Strategies for evaluating dating violence prevention programs. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma, 4*(1), 217-238.
- Reiss, A. y Roth, J. (1993). *Understanding and preventing violence*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Riggs, D. y Caulfield, M. (1997). Expected consequences of male violence against their female dating partners. *Journal of Interpersonal Violence, 12*, 229-240.
- Rosen, K.H. y Bezold, A. (1996). Dating violence prevention: A didactic support group for young women. *Journal of Counseling and Development, 74*(5), 521-525.

- Saltijeral, T., Ramos, L. y Caballero, A. (1998). Las mujeres que han sido víctimas de maltrato conyugal: tipos de violencia experimentada y algunos efectos en su salud mental. *Salud Mental*, 2, 10-18.
- Shapiro, J.P., Baumeister, R.F., y Kessler, J.W. (1991). A three-component model of children's teasing: Agression, humor, and ambiguity. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 10, 459-472.
- Silver, O. (2002). Adolescent help-seeking for dating violence and the influence of parents. *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*, 62(8-B), 3583.
- Silverman, J. G., Raj, A., Mucci, L.A., Hathaway, J.E. (2001). Dating violence against adolescent girls and associated substance use, unhealthy weight control, sexual risk behavior, pregnancy, and suicidality. *Journal of the American Medical Association*, 286(5), 572-579.
- Strube, M.J. (1988). The decision to leave an abusive relationship: Empirical evidence and theoretical issues. *Psychological Bulletin*, 104(2), 236-250.
- Sugarman, D. y Hotaling, G. (1989). Dating violence: Prevalence, context, and risk markers. En Pirog-Good, M. y Stets, J. *Violence and dating relationships* (pp. 3-32). New York: Praeger.
- Swart, L.A., Garth, M.S. y Ricardo, I. (2002). Violence in adolescents' romantic relationships: findings from a survey amongst school-going youth in a South African community. *Journal of Adolescence*, 25, 385-395.
- Thompson, K.M., Wonderlich, S.A., Crosby, R.D. y Mitchell, J.E. (2001). Sexual violence and weight control techniques among adolescent girls. *International Journal of Eating Disorders*, 29(2), 166-176.
- Tontodonato, P. y Crew, B. (1992). Dating violence, social learning theory, and gender: A multivariate analysis. *Violence and Victims*, 7, 3-14.
- Trujano, P. y Mata, E. (2002). Relaciones violentas en el noviazgo: un estudio exploratorio. *Psicología Conductual*, 10(2), 389-408.
- Washington, S.K. y Katz, J. (2002). Preventing physical, psychological, and sexual aggression in college dating relationships. *Journal of Primary Prevention*, 22(4), 361-374.
- Watson, J.M., Cascardi, M., Avery-Leaf, S. y O'Leary, K.D. (2001). High school students' responses to dating aggression. *Violence and victims*, 16(3), 339-348.
- Wekerle, C. y Wolfe, D.A. (1999). Theory, significance, and emerging prevention initiatives. *Clinical Psychology Review*, 19(4), 435-456.
- Wingood, G.M., DiClemente, R.J., Hubbard, D., Harrington, K. y Davies, S.L. (2001). Dating Violence and the Sexual Health of Black Adolescent Females. *Pediatrics*, 105(5), 1169.